

CAPÍTULO IX.

LOS MOSQUITOS.

Hay en la India, pero particularmente en Korrah, un insecto inmundo llamado mosquito, cuya picadura es de las más peligrosas: no se contenta con chupar la sangre como el *zuzavo* ó en picar con un dardo como la avispa, sino que deposita además en el agujero que hace en la carne de su víctima un huevecillo, que á los tres días se abre y da nacimiento á un gusano, el cual engendra otros en gran cantidad que os devoran vivo.

Regularmente se muere de la picadura á los doce ó trece días.

Para prevenir este accidente, es preciso, en el momento que se siente la picadura, extender sobre la llaga, después de sajarla con un bisturí, una hoja de tabaco machacado.

Existen alrededor nuestro en Europa, en Francia, en París, bajo otra forma es verdad, pero aun más peligrosos, insectos del género de los mosquitos de Korrah; estos insectos son los vecinos.

Mas peligrosos hemos dicho, porque se sabe qué bálsamo aplicar sobre la herida hecha por el verdadero mosquito, en tanto que las heridas hechas por los vecinos son mortales.

El vecino no tiene piedad, ni corazón, ni entrañas; entra en vuestra casa por la puerta, si la dejáis entornada;

por la ventana, si se queda abierta; por el agujero de la cerradura, si cerráis la ventana; os roba vuestros secretos con el mismo descaro con que el más atrevido ladrón os puede robar vuestro dinero; hay sin embargo, entre los vecinos y los ladrones, una diferencia en favor del ladrón: la de que éste al menos arriesga su vida, en tanto que el vecino arriesga la vida de los demás.

Habría uno de contentarse con quejarse, y podría resignarse á esta plaga, como la India se resigna con el cólera, el Egipto con la peste y los ingleses con la niebla, si estuviera demostrado en historia natural que esta calamidad que se llama la vecindad fué inherente á la especie entera; pero nada de eso: es peculiar de este privilegiado país que se llama la Francia; por todas partes, en Alemania, en Inglaterra, en España, se guardan á los demás las consideraciones que se tiene uno á sí mismo.

Sólo en nuestra Francia, encerrado en su habitación, se siente alrededor de sí la vista y el oído del vecino.

Y no es precisamente que os quiera mal, no; entonces sería justiciable con arreglo al código penal; frecuentemente, cuando os hace mal, es á pesar suyo, aunque os lo haga siempre: no, quiere ver sencillamente lo que pasa en vuestra casa; vos le debéis cuenta de lo que se dice, de lo que se hace en el interior del hogar doméstico; vos sois su deudor natural; él es acreedor de vuestra dicha.

Con todo lo dicho, estas gentes son honradas; observan las leyes que les atañen, se someten rigurosamente á todas las ordenanzas de policía, pagan al contado los impuestos, barren la acera de su tienda en invierno, la riegan en verano, tienen siempre preparada una cuerda en caso de incendio, van el domingo á la iglesia, el lunes al

teatro; en una palabra, se portan como gentes de pro, olvidando sin embargo que la discreción es una virtud sublime, y que la curiosidad es naturalmente un vicio monstruoso y abominable.

Así, no desesperaremos de ver de aquí á algunos años, y esto comienza ya, á la población inteligente de París desertar de estas casernas que se llaman casas de cuatro pisos, y gracias á los caminos de hierro, confinarse, en un radio de diez leguas alrededor de la ciudad, en habitaciones particulares, donde estarán ocultas las debilidades de los unos, y vivirán al abrigo de las sospechas las virtudes de los otros.

Esta palabra que el pilluelo acaba de pronunciar *el amante de la huerfanita*, no era, por lo demás, la primera de este género que había herido los oídos de Justino.

Más de una vez, cuando pasaba por el arrabal dando el brazo á la joven, había observado en los ojos de los vecinos miradas irónicas, y sobre sus labios equivocadas sonrisas.

Esta hermosa joven cogida al brazo de Justino, cuando no era ni su marido ni su hermano, ¿no había aquí donde morder, y no era esto para tentar á los dientes menos incisivos del arrabal?

Se la había conocido niña, es verdad; pero olvidando de repente que se la viera crecer poco á poco, no se quería tomarla ya más que por lo que era, es decir, por una señorita en edad de tomar estado, y que no obstante no se casaba.

Se trató de buscar por todos los medios la causa de este doble celibato: se olvidó que no había en ello tiempo perdido, puesto que Mina tenía apenas quince años y medio;

se pensó que existía en el particular algún secreto; los más curiosos, semejantes á las aves de rapiña, cercaron á la familia para robarle este secreto; fueron dulcemente rechazados; entonces todo se volvió conjeturas; de las conjeturas se pasó á las murmuraciones; de aquí á las bromas de mal género; por último, la calumnia se mezcló también, entró á turbar el sosiego de la pacífica casa, y la invadió completamente.

No era posible vivir de esta manera. Justino pensó en mudar de habitación; pero dejar el arrabal, era correr el riesgo de encontrar otro peor: era dar la razón á la maledicencia de los vecinos; y además, ¿era cosa fácil dejar esta casa donde se había vivido tan dichoso y tan desgraciado á la vez? ¿No era una parte de sí mismo lo que se iba á arrojar lejos de sí? La vida entera de estas cuatro personas, ¿no estaba escrita con caracteres indelebles sobre las paredes de estos dos pisos?

No, no: esto era más que difícil; era imposible.

Se renunció pues á dejar la casa; pero como era preciso adoptar un partido, como no se podían cortar con un solo golpe de navaja todas las malas lenguas del arrabal, se resolvió consultar al anciano profesor.

Por lo demás, este era siempre el recurso que se buscaba en las situaciones desesperadas.

Mr. Muller vino á la hora acostumbrada, y se dejó á la joven en el primer piso; la madre bajó por esta vez á la habitación de su hijo, y los cuatro reunidos, Mr. Muller, la madre, la hermana y Justino celebraron consejo de familia.

La opinión del anciano profesor fué bien sencilla:

« Publicad las amonestaciones mañana, y casad á los chicos dentro de quince días. »

Justino arrojó un grito de alegría.

Esta opinión de Mr. Muller respondía al voto de su corazón.

En efecto, un matrimonio haría callar en el mismo instante todas las sospechas. En esta parte no había pues que vacilar, era inútil buscar otro medio : este era el verdadero, el bueno y el único.

Se habría adoptado este partido si la madre no hubiera extendido la mano.

— Un instante : dijo, tengo una objeción que hacer, y me parece que es grave.

— ¿ Cuál ? preguntó Justino palideciendo.

— No hay objeción que hacer, interrumpió el viejo profesor.

— Sí tal, Mr. Muller, confesó Mad. Corby : hay una.

— ¿ Cuál ? ; veamos !

— ¡ Decid, madre mía ! murmuró Justino con voz temblorosa.

— Nadie conoce á los padres de Mina.

— Razón de más para que ella disponga de sí misma, puesto que no depende de nadie, dijo Mr. Muller.

— Además, se aventuró á decir timidamente Celeste, los padres de Mina han renunciado á ella desde el día en que dejaron de pagar la renta que habían ofrecido á la señora de Boivin.

Esta observación, hecha casi en voz baja por una boca temerosa, pareció, sin embargo, excelente á Justino.

— ¡ Ciertamente que sí ! exclamó ; Celeste tiene razón.

— ¡ Ya lo creo que tiene razón ! añadió el anciano.

— Podría en efecto haber acertado, dijo Mad. Corby, y yo voy á proponer un término medio que espero satisfaga á todo el mundo.

— ¡ Decid, madre mía ! dijo Justino, todos sabemos que sois la sabiduría que ha descendido sobre la tierra.

— Las leyes no permiten casarse hasta que no se llega á los quince años y cinco meses de edad : si os casáis ahora, parecería que no habíais esperado más que el momento en que la ley autoriza el matrimonio, y que os habíais aprovechado de su beneficio con una prontitud cuya intención podía ser mal interpretada.

— Esto es una verdad, Justino, murmuró el profesor. Justino suspiró.

No había en efecto nada que responder.

Dentro de siete meses, el 5 de Febrero próximo, Mina tendrá diez y seis años ; esperemos que llegue á esta edad. Diez y seis años es casi la edad de la razón para una mujer, y es importante, hijo mío, que se sepa bien que Mina ha accedido gustosa ; casándote con ella hoy, parecería que habías sorprendido su voluntad.

— ¿ Y entonces ? balbuceó Justino temblando de alegría.

— Entonces, como que el cura de la Bouille representa actualmente el tutor de Mina, solicitarás de antemano el consentimiento de este digno sacerdote, y el 6 de Febrero próximo Mina será tu mujer.

— ¡ Oh ! ; madre mía ! ; mi bondadosa madre ! exclamó Justino cayendo de rodillas delante de ella, estrechándola contra su corazón y cubriendo su rostro de besos.

— Pero, ¿ y entretanto ? preguntó Celeste.

— Sí, añadió el profesor, entretanto las hablillas, los chismes, las calumnias seguirán tomando incremento.

— Así, será preciso llevar á alguna parte á Mina durante este tiempo.

— ¿ Á alguna parte, madre mía ? ; Pero dónde queréis que llevemos á la pobre niña ?

— Á un colegio cualquiera: poco importa dónde, con tal que no se quede aquí.

— Yo no conozco á nadie á quien se pueda confiar á Mina, exclamó Justino.

— Esperad, esperad, continuó el buen profesor; creo que puedo resolver la dificultad.

— ¿De veras, mi querido Mr. Muller? dijo Mad. Corby, extendiendo la mano á la voz del anciano profesor, más bien que á este mismo á quien no veía.

— Vamos, ¿qué es ello? ¿Qué vais á proponernos? preguntó Justino con un tono de marcada impaciencia.

— ¿Qué es lo que voy á proponeros? ¡La única cosa que sea aceptable! La única asequible en las difíciles circunstancias en que nos encontramos. Tengo en Versalles una antigua amiga de hace treinta años, la sola mujer que hubiese amado quizá, añadió el honrado profesor exhalando un suspiro, si hubiera tenido tiempo para ello: justamente dirige un colegio de señoritas. Mina permanecerá en su casa durante estos siete meses, y para consolarte irás á verla una vez á la semana. ¿Te conviene este plan, hijo mio?

En las grandes circunstancias, Mr. Muller tuteaba á Justino.

— Preciso es que me convenga, dijo Justino, puesto que no hay otra cosa mejor.

— ¡Diantre! ¿Qué difícil* de contentar erés! Hace seis meses que hubieras aceptado este plan sin vacilar un momento.

— Y ahora le acepto con reconocimiento, mi bueno y querido amigo, dijo Justino tendiendo sus dos manos á Mr. Muller.

— Y vos, ¿qué decís, mi querida Mad. Corby? preguntó el profesor.

— Yo digo que mañana mismo es preciso que vayáis á Versalles con Justino, mi apreciable Mr. Muller.

Concluida la conferencia se separaron, dándose cita para la calle de Rivoli, en donde estaban situadas las *góndolas*, únicos carruajes que en esta época hacían el viaje de Paris á Versalles.

Al cabo de un cuarto de hora de conversación con la directora de la casa de educación, el joven se dió cuenta de que Mr. Muller no había exagerado en modo alguno las sólidas virtudes de su antigua amiga.

Al saber el interés que Mr. Muller se tomaba por la futura colegiala, la excelente mujer ofreció que admitiría á la joven por sólo el precio de sus alimentos, conviniéndose en llevarla al domingo siguiente.

Los dos amigos salieron del colegio encantados de la visita, y se volvieron á pie por el bosque de Versalles, tan lleno para ellos de inefables recuerdos.

Hemos dicho antes que no se había dejado traslucir nada á Mina de este complot de familia; la pobre niña no sabía pues lo que pasaba. Había entendido sí algunos cuchicheos; había visto que unos y otros se dirigían de vez en cuando ciertas miradas, cuya expresión no acababa de comprender; sentía vagamente que estaba rodeada del misterio; pero aunque lo adivinaba, no podía encontrar sus huellas.

Así es que la noticia vino á herirla como un rayo. Nunca se había imaginado que su vida pudiese cambiar; tan acostumbrada estaba á esta vida dulce y pacífica. Así como las paredes del patio eran todo su horizonte, su vida en la familia de Justino era todo su porvenir; no le había pues ocurrido la idea de que pudiese haber otro porvenir ú otro horizonte; cerraba voluntariamente los ojos á su destino, no pensando en otra cosa cuando caían las hojas, sino en que el

invierno estaba próximo ; no viendo otra cosa cuando las hojas brotaban de nuevo, que la vuelta de la primavera.

Un día Mad. Corby la había preguntado :

— ¿ Qué harías después de mi muerte, hija mía ?

— Os seguiría, respondió Mina sonriéndose ; es necesario que alguien os sirva en el cielo, como os sirven en la tierra.

— En el cielo, replicó la madre, tendré en torno mío á todos los ángeles del Paraíso.

— Es verdad, dijo Mina ; pero ellos no han vivido como yo cinco años á vuestro lado.

Y lo mismo que la había parecido imposible abandonar nunca á la pobre ciega, lo mismo le parecía imposible dejar nunca la casa en que habitaba. De modo, que acogió con un pesar profundo la nueva de su brusca partida, y fué preciso explicarla muy imperfectamente las causas que la motivaban ; porque era tan cándida que no sabía comprender que se pudiese murmurar de su conducta irreprochable ; tan casta, que ignoraba las consecuencias que podían originarse de su cohabitación con un joven.

Fué inútil hacerla entender que estaba en uso, que tenía fuerza de ley, que una mujer de diez y seis años no debía ya vivir en la misma casa que un joven soltero ; á pesar del parecer de la madre y de la hermana, á pesar también de la opinión del anciano profesor, nada quiso creer, y no aceptó el extraño principio de que pudiera darse fundamento á la murmuración porque vivía con Justino, cuando á éste no se le hacía cargo alguno porque viviera con su hermana Celeste.

Iba pues á dejar esta triste casa con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas ; esta triste casa que venía á ser para ella el paraíso de su dicha.

CAPÍTULO X.

EL COLEGIO.

El primer jueves del mes de Julio de 1826 Justino, acompañado de su anciano amigo, la condujo á Versalles.

La pobre joven no despegó los labios en todo el camino ; estaba pálida y triste, y apenas levantaba la vista del suelo.

Por un momento, Justino, viéndola tan triste, sintió que le faltaba el valor, y pensó en volverla á su casa arrojando las habitillas en la vecindad.

En consecuencia, participó su intención á Mr. Muller.

Pero sea que el viejo profesor comprendiese el interés egoísta que dictaba á pesar suyo las palabras de Justino, sea que, menos interesado que el joven en la cuestión, y teniendo su conciencia más libre para obrar, estuviese determinado á llevar á cabo lo resuelto ; Mr. Muller se mantuvo firme, y reprendió á su antiguo discípulo por su peligrosa debilidad.

Se llegó al colegio.

El inocente que se conduce al cadalso no tiene un rostro más consternado, al llegar á la plaza de la ejecución y al ver el instrumento del suplicio, que el de la pobre Mina al divisar las grandes paredes de piedra que circunian el colegio y la verja de hierro que daba entrada á él.

Y sin embargo, estas paredes estaban cubiertas de hiedra y coronadas de clemátidas, y las lanzas de esta verja eran doradas.

Mad. de Stael, á la vista del lago de Ginebra, echaba de menos el arroyo de la calle Saint-Honoré.

La desolada Mina, aun enfrente de un palacio, hubiera echado de menos su triste casa del arrabal de Santiago.

Miró á sus compañeros de viaje con los ojos inundados de lágrimas.

¡ Dios mío ! ; Qué mirada tan dolorosa ! Era preciso verdaderamente que los dos hombres tuviesen corazones de piedra, como las paredes del colegio, para no enternecerse al sentir la influencia de aquella mirada suplicante.

Miró á los dos amigos con expresión de angustia indefinible, fijándose ya en uno, ya en otro, no sabiendo ya en esta hora suprema á cuál de ellos debía dirigirse, si al que consideraba como su padre, ó al que llamaba su hermano.

Justino no podía resistir más, y había vuelto la cabeza para evitar la herida que hacía en su corazón esta mirada.

Mr. Muller le tomó la mano y se la estrechó con fuerza : este apretón de manos equivalía á estas palabras : « ¡ Valor, hijo mío ! también á mí me dan ganas de llorar, y la prueba es que me estoy ahogando ; però ya lo ves, me contengo. ¡ Valor ! ; Si nos enternecemos delante de ella somos perdidos ! Tratemos pues de aparentar ánimo sereno, y á la vuelta lloraremos juntos. »

Esto significaba la acción del anciano profesor.

Se presentó á Mina á la directora del colegio, que la recibió en sus brazos, abrazándola más bien como á una hija, que como á una colegiala.

¡ Ah ! este abrazo materno entristeció á Mina en lugar de serenarla.

¿ Procedía de este modo el mundo ? ¿ Conque una persona extraña tenía el derecho de abrazarla como una madre ? Entonces recordó su primer sueño en la alcoba de su

hermana ; el papel de la habitación de la directora era casi igual al de la habitación de Celeste.

Todos los recuerdos de sus primeras horas de soledad vinieron á su memoria, y en aquel momento se sintió más sola y más abandonada que nunca.

Justino la besó en la frente, el profesor la abrazó, y cinco minutos después la pobre Mina oyó cerrarse la puerta del colegio, con esa opresión de corazón que el prisionero que siente correr los cerrojos de la puerta de su calabozo.

La directora del colegio la hizo sentar á su lado, la cogió las manos, y procuró consolarla, adivinando más bien que leyendo sobre el rostro de la joven las huellas de un profundo pesar.

Pero en vez de tranquilizarla estos consuelos, no hicieron más que irritarla, y pidió que se la condujese al aposento que se la destinaba, porque se había convenido entre la directora y los dos amigos que se la daría habitación aparte para evitarla las molestias del dormitorio común.

Se accedió pues á su deseo, y se la condujo á su habitación. Era un verdadero aposento de colegiala, demasiado elegante para una beata, pero no lo bastante para una joven del gran mundo ; el papel sembrado de flores azules recordaba el que Mina había hecho poner en la alcoba de Justino ; un reloj colocado sobre la chimenea, entre dos vasos de alabastro que contenían flores artificiales, representaba á Pablo haciendo pasar el torrente á Virginia ; un grabado del martirio de Santa Julia, patrona de la directora del colegio, adornaba la pared, ó más bien la afeaba con su negro marco ; seis sillas de caoba y paja de colores diferentes, una cama con cortinas de damasco azul en forma de un pabellón, un piano entre la ventana y la chimenea, uno ó dos mueblecillos de gusto sencillo completaban el adorno

de la habitación, con la cual, en rigor, hubiera podido contentarse una joven más habituada que Mina al lujo y al bienestar.

Por lo demás, la niña se admiró de la tranquilidad que se respiraba en esta habitación; soledad por soledad, era preferible aquélla, florida y perfumada.

Florida y perfumada era la palabra: por la ventana entreabierta la vista se extendía sobre inmensos jardines llenos de árboles y de flores.

De repente Mina oyó grandes gritos de alegría muy cerca de allí.

Aproximóse á la ventana.

Era la hora de recreo, y unas treinta jóvenes se precipitaban en el patio, para emplear esta hora, rayo de sol entre la doble noche de las clases lo más alegremente posible.

El patio estaba cubierto de arena y plantado de tilos y sicomoros.

Á través del follaje de los árboles, como á través de un velo flotante, Mina veía correr, jugar, saltar, bailar á la bulliciosa falange de muchachas.

Las de más edad se paseaban de dos en dos por los sitios más retirados del patio. ¿De qué hablaban estos corazones y estos labios de catorce años?

¡Oh! ¡cuánto deseaba encontrar una compañera á quien revelar el secreto de su corazón!

Y sin embargo las ruidosas carcajadas, los alegres gritos de las colegialas produjeron en ella un efecto distinto al que la habían causado los consuelos de la vieja amiga del profesor: aquellos juegos trajeron á su memoria los recuerdos de sus primeros años; volvía á ver en su imaginación la casita blanca de la Bouille, á la señora Boivin, á la vaca

blanca y negra que daba tan buena leche, que no había probado otra igual; á su buen cura, que tenía sesenta y cuatro años cuando le había dejado, y que ahora debía tener setenta: ella pensaba, desde esta ventana á que estaba asomada, que muchas de aquellas jóvenes ricas que veía pasear y hablar por los sitios más solitarios se hubieran tenido por muy dichosas en ocupar, así como ella, una habitación aparte en esta aristocrática casa; en fin ella pensaba en las buenas gentes que la habían recogido pobre, errante y huérfana; que la habían conducido á esta educación y elevado á este rango; ella pensaba en la santa madre ciega, en la buena hermana Celeste, en el excelente profesor, y sobre todo en Justino, en Justino, cuyas lágrimas había visto correr, cuya mano sintiera temblar en contacto de la suya, y que la dijera con una voz tan tierna al posar sus labios en su frente: «Valor, mi querida Mina; seis meses se pasan pronto.»

Entonces, entonces, juzgó sus pesares egoístas, su tristeza ingrata; entonces miró en torno suyo, vió un tintero, una pluma y un papel, tomó todo esto apresuradamente, y fué á sentarse á la mesa, donde escribió á la familia del arrabal de Santiago una carta llena de bendiciones y palabras de gratitud.

Ya era tiempo de que esta carta llegase; el pobre Justino estaba ya exánime, y sólo este recuerdo de la linda joven pudo sacarle de aquel estado de languidez en que le había dejado la triste partida de Mina.

¡Ay! ¡qué sombrío viaje habían hecho á la vuelta los dos amigos!

Volvieron á pie creyendo encontrar una distracción en este risueño camino, seguros al menos de encontrar en él la soledad.

No habían cambiado una sola palabra, se les hubiera podido tomar por dos proscritos huyendo á la ventura sin conocer el objeto de su viaje.

Mr. Muller, que había sido el más fuerte enfrente de la joven, se convirtió en el más débil al lado de Justino.

Á medio camino de Versalles á París, pedía á su discípulo el valor que había prometido infundirle.

Cuando entraron en la casa pasó una escena de desolación; la noche que siguió fué una noche de duelo.

Aunque Mina hubiese partido para siempre, aunque hubiera estado en peligro de perder la vida, aunque hubiese muerto, no se la hubiera sentido y llorado más que se la lloraba y sentía viva á cinco leguas de Paris.

El anciano creyó haber encontrado delante de las mujeres el valor que perdiera delante de Justino, y trató de consolarlas; pero no acertaba, y sentía que hablaba contra su conciencia, contra su corazón; así que desechando el disimulo, confundió sus lágrimas con las de la familia.

Sí, de la familia, porque Mina pertenecía á ella por muchos títulos.

Se acusó entonces al viejo profesor de no haber madurado bastante su proyecto, alejando á la joven, de haber apresurado la ejecución con demasiada ligereza, de haber precipitado la partida cuando nada la motivaba aún, y cuando por otra parte, se hubiera podido poner á la huérfana en un colegio de París, donde se la hubiera ido á ver todos los días: se le hizo responsable de las consecuencias del suceso; cada cual, en fin, creyó alejar su parte de desgracia general, haciendo culpable de ella al bueno de Mr. Muller.

El honrado profesor escuchó estas tardías recriminaciones, sufrió todos los reproches con un heroísmo sobrehumano, y salió como el emisario de que habla la historia, cargado con las maldiciones de la tribu.

Cuando hubo salido Mr. Muller, cuando estos tres pobres seres quedaron solos, la melancolía monótona de los primeros años descendió sobre ellos: y como el murciélago nocturno y funerario, extendió sus alas de crespón cerniéndose silenciosamente.

Y en efecto, después de haberse ausentado la bulliciosa niña, las paredes recobraban sus sombrías tintas, y habiendo volado el pájaro cantor, la jaula estaba triste.

Todos en la casa hablaban de Mina para decir: « ¡ Ella estaba aquí y ya no está ! »

¡ La madre !

La madre, que la sentía día y noche á su lado, que no tenía necesidad de llamarla para que la niña acudiese cuando era preciso; la madre, que desde seis años, y para descargar de este peso á su hija enferma, había confiado á Mina la dirección de la casa, tenía el corazón desgarrado al pensar que le faltaba esta frágil caña en que había apoyado su vejez.

¡ La hermana !

La hermana, esta enfermiza criatura que no podía dormirse por la noche sin oír antes la voz de la encantadora niña, cuya venida la hiciera amar en el mundo otra cosa además de su hermano y su madre, y hecho tomar gusto á la vida; la hermana, que olvidaba los bienes que Dios la rehusaba en recuerdo de las alegrías que daba á los demás; la hermana también estaba acostumbrada á ver correr, saltar, girar incesantemente á Mina, y sentía como el que más su ausencia

¡ Y el hermano !

El pobre Justino, vuelto á ser el triste maestro de escuela, ¿ no era el que más sufría por esta ausencia ?

Cuando había entrado en su alcoba, esta alcoba que Juan Robert y Salvador encontraron tan aseada y tan virginal, no vieron sus ojos más que las antiguas paredes desnudas, la chimenea vacía y el gran cuadro negro, símbolo fúnebre de sus alegrías extinguidas y de sus pérdidas ilusiones.

Se había echado vestido sobre el lecho y había derramado abundantes lágrimas, comprimidas por la presencia de su familia.

¡ Era verdad ! ; conque no iba á ver ni á oír ya á esta joven, pájaro de la mañana, mitad rruiseñor, mitad alondra, cuya canción le despertaba todos los días á la misma hora ; á este ángel, que todas las noches, antes de plegar sus alas, venía á tenderle su blanca frente ! ; Dios mío ! ; Dios mío !

¡ Qué noche pasó, y qué día tan sombrío siguió á tan triste noche !

Dichosamente, como hemos dicho antes, llegó la carta de la joven ; era una acción de gracias en tres páginas, un cántico encantador.

Pedía perdón por su ausencia á la familia, como si ella hubiese sido, ella que fué contra su voluntad á Versalles, la sola causa de su partida.

¡ Les agradecía todo el bien que había recibido de ellos cuando era ella quien les había dado el bien !

En fin, eran los pensamientos de un ángel escritos por la mano de un niño.

Todo esto consoló un poco al pobre Justino.

Además, como había dicho á la joven, la esperanza

le decía á él : ¡ valor ! ; seis meses pronto se pasan !

Y sin embargo, ¿ quién sabe qué sucesos pueden caer en el espacio de seis meses de la mano entreabierta del destino ?

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.